

“La posmemoria” di Julio Llamazares

PAOLA TOMASINELLI

L'autore

C'è forse un solo modo per definire Julio Llamazares (Vegamián, León, 1955), ed è scrittore-antropologo. Tutta – o quasi tutta – la sua opera è infatti volta a trattare di persone, di luoghi, di memorie di un passato che ancora vive nell'oggi. Una sorta di Nuto Revelli o di Rigoni Stern, più giovane e profondamente spagnolo.

Le poesie di *La lentitud de los bueyes* (1979) e di *Memoria de la nieve* 1982 (trad. S. Gatto. Antares 2003), le cronache di *El río del olvido*, di *Trás-os-Montes* (trad. E. Liverani, Feltrinelli 1999), di *Cuaderno del Duero* (1999) e, ora, del recentissimo viaggio tra le cattedrali di Spagna *Las rosas de piedra* (2008), la geniale “ricerca sul campo” di *El entierro de Genarín*, i romanzi come *La lluvia amarilla* (trad. P.L.Croveto, Einaudi 1993), e *Luna de lobos* (a cura di P. Tomasinelli, Passigli 2008), i racconti “cortazariani” di *La mitad de ninguna parte* (P. Tomasinelli e Passigli), forniscono di Llamazares il ritratto di uno scrittore poliedrico e capace di utilizzare tutti i possibili registri letterari.

Infatti, e nel caso di *Luna de lobos*, il suo modo di affrontare la terribile realtà e l'orrenda memoria della Guerra Civile, passa attraverso le vicende di un gruppo di repubblicani imbottigliati nella regione cantabrica e impossibilitati a fuggire via mare o via terra.

E' la storia di un gruppo di “uomini comuni” che si trasformano in lupi, che perdono ogni contatto con la realtà degli affetti e della vita, costretti a nascondersi, a vivere per anni e anni alla macchia – e la “macchia”, i boschi, i corsi d'acqua, ma anche le nuvole, il fuoco, la pioggia, la neve o il vento sono “personaggi” a tutti gli effetti nelle pagine di Llamazares -, senza più amici, o famiglia, sporchi, affamati, profondamente soli e sempre in pericolo.

E tutto ciò non viene raccontato in modo eroico, ma con la pacatezza tipica dei “vecchi” che narrano le loro storie agli amici e poi ai nipoti. Quasi delle leggende –che, come ci hanno insegnato i greci, è forse l'unico modo per raccontare la realtà.

La posmemoria

JULIO LLAMAZARES

“Demasiado pronto en la vida me di cuenta de que ya era demasiado tarde”. Así comienza Margaritte Duras *El amante* y así nos sentimos muchos cuando, con una edad, comprendemos que ya es tarde para muchas cosas: para escuchar a nuestros mayores, para conocer sus vidas, para saber qué ocurrió en nuestro propio país antes de que nosotros nacíramos o cuando todavía no teníamos edad para entenderlo... Algo que a todos nos ha sucedido, si bien que a muchas personas no parezca importarles demasiado.



A vueltas con la memoria histórica, que es como ha dado en llamarse, trasgrediendo toda lógica lingüística (toda memoria es histórica, en uno u otro sentido), la que atañe a nuestra guerra civil y nuestra posguerra, uno siente que la frase de Duras es más profunda de lo que parece. Porque, efectivamente, si casi siempre es tarde para casi todo, mucho más lo será para conocer la historia de unos años y unos hechos cuyos protagonistas ya han desaparecido en su mayoría. Asunto éste demasiado grave, por cuanto, mientras vivieron entre nosotros, se les silenció o calló o nadie les hizo caso. Da igual que fueran famosos o anónimos ciudadanos.

Como tantas veces se ha dicho, durante la dictadura, en España la memoria se acalló, suplantada por la versión oficial, que poco o nada tenía que ver con lo sucedido. Treinta y seis años a los que habría que sumar otros quince o veinte - los de la transición política - en los que la memoria sufrió otra cancelación diferente, pero no menos efectiva, como fue la de su inconveniencia. Acertadamente o no, en aras de la reconciliación histórica y apelando a los peligros que podía suponer cualquier actitud contraria, se perpetuó el silencio, al menos oficialmente, ahora en forma de desmemoria. Lo que, como todos sabemos, significó una gran decepción para muchos que llevaban años y años esperando a poder hablar.

Lo peor de todo ello fue, no obstante, que, por razones biológicas que a nadie se le escapan, esos años coincidieron con el final de muchos protagonistas de la guerra civil y de la posguerra. De esa forma, se perdió una gran caudal de memoria indispensable para los historiadores, pero también para las demás personas. Porque todos somos hijos de nuestros padres y, si nuestros padres mueren sin que nosotros conozcamos sus historias de verdad, mal podremos saber de dónde venimos, que es algo tan necesario para poder vivir normalmente. A pesar de que mucha gente se obstine en lo contrario, bien sea por conveniencia o por acomodamiento.

Cuando, en la introducción a su estudio sobre la guerra civil y el franquismo en la novela española de la democracia (todavía sin publicar en España), la finlandesa Elina Liikanen utiliza el término *posmemoria* (tomado, al parecer, de Marianne Hirsch, quien lo aplicó sobre todo a la fotografía, a retratos familiares relacionados con el Holocausto), está poniendo el dedo en la llaga de una cuestión que aquí nadie se atreve a abordar directamente. Y que no es otra que, mientras discutimos sobre la oportunidad o no de la llamada Ley de la Memoria Histórica que está estudiando el Gobierno, mientras nos enredamos en larguísimos debates sobre la conveniencia o no de revisar nuestra guerra y nuestra posguerra, mientras nos dedicamos, en fin, a discutir qué sea la memoria histórica y si es correcta o no la expresión lingüística (discusión que encubre muchas veces la resistencia de algunos a que se conozca nuestro pasado reciente), nadie se atreve a decir que tales discusiones son inútiles, no por su contenido, sino porque el tiempo de la memoria ya se ha pasado. Ahora es el tiempo de la posmemoria, que es la que nos corresponde a quienes, como la mayoría de los españoles vivos, conocimos la guerra y la posguerra a través de nuestros antepasados; o sea, tenemos una memoria de esas dos épocas modificada por el distanciamiento. Y es que, como dice Elina Liikanen, "la transmisión de la memoria de una generación a otra implica inevitablemente una transformación, ya que la persona que se apropia de esa memoria la completa y transforma mediante su imaginación".

Así pues, oponer resistencia al ejercicio de esa memoria heredada, como ocurre todavía entre nosotros, no sólo es una injusticia, sino que constituye un absurdo técnico. Injusticia por lo que supone de negarles el derecho a recordar a unas personas que lo único que quieren es que se sepa lo que ocurrió de verdad, ni siquiera que se pidan responsabilidades a los supervivientes, y absurdo por cuanto lo que se rechaza no es la memoria de éstos, desaparecida ya o simplemente testimonial por desgracia, sino la de sus herederos, que somos todos, vengamos de donde vengamos y pensemos como pensemos. Que en nuestro país haya habido un conflicto con la memoria propiciado por las circunstancias políticas que se prolongó en el tiempo más de lo que sería normal no significa que pueda prolongarse eternamente ni, mucho menos, que se vaya a arreglar por la vía de ocultarlo. Las heridas nunca curan por sí solas y la memoria, al final, se abre paso como el agua, como demuestra la experiencia histórica. Así pues, se equivocan quienes pretenden, por las razones que sean, incluso sin razón alguna, que la guerra civil y la posguerra sean un limbo en nuestra memoria, una página sin escribir en los libros de texto de los colegios, porque, primero, tarde o temprano alguien la rellenará, y no siempre para bien, como ya está sucediendo ahora, y, segundo, porque ninguna sociedad puede mirar tranquilamente al futuro sin conocer cuál fue su pasado. Si los alemanes y los judíos lo han hecho ya, si los rusos del poscomunismo lo están haciendo también ahora, si hasta los argentinos o los chilenos revisan sus dictaduras a pesar de su proximidad histórica, no se entiende por qué los españoles nos enfrentamos aún a la hora de hablar de una época que, al fin y al cabo, pasó ya hace muchos años y que casi ninguno de los que vivimos vivió en directo. Como no sea – y eso sería lo más terrible – que, como dicen algunos, la guerra aún no ha terminado y se prolonga precisamente a través de la memoria de la gente, aunque ésta sea ya una memoria heredada y transformada por la imaginación.